

Contra la riqueza empobrecedora

Jean Robert

La crisis económica que ha fracturado al mundo y ha generado la aparición de diversos movimientos sociales en todo el planeta, tiene su origen en las contradicciones propias de esa economía que nació con el capitalismo. En el presente texto, leído durante el cuarto encuentro que la Universidad de la Tierra Chiapas realizó sobre los movimientos antisistémicos a finales de 2011 y principios de 2012, Jean Robert, resumiendo el libro que escribió con Majid Rahnema, *La potencia de los pobres*, y, retomando de una manera finamente didáctica las tesis del primer capítulo de *El capital* de Marx, muestra no solo la sustancia de esa contradicción, sino también una vía de salida a las mismas, una vía sobre la que los movimientos sociales deben pensar para darle mayor sentido a su radicalidad.

Un aspecto del libro que escribí con Majid Rahnema, *La potencia de los pobres*, que publicó recientemente la Universidad de la Tierra, es la crítica que hacemos al concepto de “riqueza” pregonado por la economía capitalista. En casi todos los países, los economistas pretenden *medir* la riqueza en cantidad de valores acumulados. Y, ¿qué son esos valores? Son mercancías. No otra cosa, dice Karl Marx en las primeras frases de *El capital*: “La riqueza de

aquellas sociedades en las que prevalece el modo de producción capitalista se presenta como ‘una inmensa acumulación de mercancías’¹.

Este tipo de medición de la riqueza permite que, en las sociedades en que se practica —las sociedades capitalistas— haya cada vez más cosas útiles en las bodegas y gente inútil en la calle o, mejor dicho, gente vuelta inútil, gente inutilizada, gente expropiada de sus poderes de palabra y de acción, gente callada políticamente, gente pauperizada y vuelta impotente. Eso son los pobres modernos, “los pobres modernizados”, como decía Iván Illich. Es cada vez más evidente que la sociedad moderna *pauperiza*, es decir, vuelve a la gente cada vez más pobre. Esa pauperización es la consecuencia del concepto de pobreza que prevalece en las sociedades capitalistas que, a su vez, es la consecuencia directa del concepto capitalista de riqueza que acabamos de mencionar. La *pobreza capitalista* es la imagen invertida de la *riqueza capitalista*, la que se mide en valor, es decir, en dinero. La primera ha sido cuantificada por el Banco Mundial: ganar, por ejemplo, menos de un dólar al día es igual a *pobreza absoluta*; ganar menos de dos dólares al día es igual a *pobreza relativa*. Según esas definiciones, hay en el mundo 2 millones 800 mil pobres absolutos y un millón 200 mil pobres relativos. Juntos, representan 56 % de los hombres. Pero el Banco Mundial sabe calibrar sus datos. Según sus criterios, solo hay en el mundo 38 % de pobres absolutos. Son muchos, muchísimos, pero ya que hay más de 7 mil millones de personas en el mundo, los pobres absolutos siguen siendo una minoría. Entonces, el caso normal es la no-pobreza. Entonces, los pobres relativos se pueden representar como pobres en tránsito hacia la no-pobreza. Así la pobreza se puede mostrar como un caso anormal. Esa anomalía o desviación de la normalidad es una especie de enfermedad que debe curarse. Hay que, ironizaba Iván Illich, adoptar hacia los pobres una actitud de *tolerancia terapéutica*. Hay que ser tolerantes con ellos mientras aceptan someterse a las terapias que los ricos inventaron para

¹ Karl Marx, *Capital, A Critique of Political Economy* (New York: The Modern Library, Random House, 1906) 41.

“curar su pobreza”. Si se resisten a ellas —muchas veces son “medidas económicas”— hay que usar métodos más contundentes.

En esta misma lógica, para las estadísticas del Banco Mundial, el que gana tres dólares al día no es pobre, ni absoluta ni relativamente. Tres dólares diarios son 35 pesos, al mes, casi 900 pesos.

Creo, contra todo eso, que hay que rechazar simultáneamente el concepto de “riqueza” y el de “pobreza” de los economistas. Quizás debería decir de “los economistas capitalistas”, pero no existen otros.

¿Hay, sin embargo, otro tipo de “riqueza” que no consista en la acumulación de mercancías? Sí. ¿Merece aún el nombre de “riqueza”? ¿No sería mejor hablar de *prosperidad*? O, como algunos compañeros andinos dicen, del “buen vivir”? ¿Puede haber sociedades prósperas en las que no haya sobreabundancia de mercancías, sociedades donde la prosperidad no consista en valores acumulados, sino en las capacidades, las habilidades y la fuerza de la gente, sociedades que se basen no en la acumulación de cosas ya hechas, sino en la capacidad de hacerlas?

El libro que escribí con Rahnema es una investigación sobre estas otras formas de riqueza y las formas de pobreza correspondientes. Es lo que quisimos anunciar cuando lo titulamos *La potencia de los pobres*.

La idea de hablar de la *potencia* de la gente más que de sus “riquezas” nació en el corazón de un filósofo que vivió hace más de 350 años y que se llamaba Baruch o Benedicto Spinoza. Digo que nació en su corazón, porque este hijo de rico era pobre de corazón. Se deshizo de la herencia paterna y vivió en la pobreza voluntaria. Solo así, decía, podía ser libre para

pensar. Rechazó todos los honores. Era uno de los filósofos más grandes de su tiempo, pero nunca quiso enseñar en universidades. Toda su vida trabajó para mantenerse. Pulía lentes.

Hace varios años, aquí, en la Universidad de la Tierra, cuando se rindió homenaje al maestro Andrés Aubry que acababa de fallecer, se le otorgó un doctorado *post mortem* por su defensa del *conatus* de la gente, un *doctorado liberationis conatus causa*, se escribió en latín.

Conatus era una palabra de Spinoza: el *conatus* es la forma más íntima de las ganas de vivir, de seguir siendo lo que uno es, de la fidelidad a uno mismo. Es la *potentia* original. Algo un poco como nuestra *enjundia*, dijimos entonces. La *potentia* es la raíz de toda autonomía.

En cambio, en el capitalismo, la “riqueza” es la cantidad de mercancías con la que uno tiene que vivir, unos pocos poseyéndolas, la mayoría, envidiándolas. Respecto a la envidia, los que conocen algo de la historia de las ideas económicas recordarán que 17 años antes de publicar su *Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones* (1776), el padre de la economía moderna, Adam Smith, había escrito un primer libro titulado *La teoría de los sentimientos morales* (1759). En ese libro, Smith no preguntaba ¿cuales son la naturaleza y la causa de las riquezas? Preguntaba: “¿Por qué queremos ser ricos?”. Y no respondía, “porque queremos vivir bien”. Simplemente afirmaba que no se necesita la riqueza, basta llevar una vida frugal moderadamente laboriosa. La razón por la que un hombre quiere ser rico es, decía Smith, que quiere atraer la *simpatía* de los demás. Hoy, en vez de simpatía, diríamos envidia. Para eso sirve la riqueza. Para volvernos objeto de la envidia de los otros. Para el que vive en medio de esta forma de riqueza, nunca habrá suficiente. Es una adicción. El exceso de mercancías mata el *conatus* y fomenta la impotencia. Cuando el mundo se atiborra de cosas útiles, hay cada vez más gente inútil. Las promesas de este tipo de riqueza son palabras envenenadas.

Hace muy poco cambiamos de presidente y de partido en el poder. Peña Nieto, al igual que los otros candidatos que contendieron por la Presidencia de la República, propone volver a los ciudadanos más “ricos”, más envidiosos, es decir, más impotentes ¿Hay otras opciones que las que nos proponen los políticos?

Marx no podía predecir a qué niveles de impotencia iba llevar la invasión de las mercancías y, sobre todo, de esas mercancías inmateriales que llamamos “servicios”. Hoy podría complementar su famosa frase así: la riqueza de aquellas sociedades en las que prevalece el modo de producción capitalista se presenta también como “un enorme atiborramiento de servicios”, algunos facultativos, muchos, obligatorios. Me parece importantísimo saber distinguir entre dos tipos de situaciones muy diferentes: la falta de servicios llamados “básicos” en las regiones muy pobres y su excesiva proliferación en los barrios ricos de las grandes ciudades.

En los años setenta, la ciudad de Cuernavaca, donde vivo, fue una capital intelectual mundial en la que se elaboró por primera vez una crítica radical de los servicios, no de los que faltan, sino de los que sobran y agobian. Eran años en los que se empezaba a entender la destrucción ecológica causada por la producción de mercancías: la producción de mercancías en exceso daña la naturaleza. La crítica a los servicios que nacieron en el Centro Intercultural de Documentación (CIDOC) se inauguró con la frase que Iván Illich pronunció en 1970: “Más allá de ciertos límites, la producción de servicios hará más daño a la cultura que la producción de mercancías a la naturaleza”. En seguida, Illich analizó sucesivamente las instituciones de servicios de educación, de transporte motorizado y de medicina. Cada una de estas instituciones, descubrió, había rebasado los límites críticos y se había vuelto *contraproduktiva*. Para explicar esta *contraproduktividad* se puede decir, caricaturizándola un poco, que cuando se rebasan

límites razonables las escuelas apendejan, los transportes paralizan y hacen perder tiempo y los hospitales enferman.

Aunque Marx no podía prever la extensión de la catástrofe ecológica, entendió su causa y la nombró el “*fetichismo de la mercancía*”. Considero que ese descubrimiento es una de sus aportaciones principales. La palabra “fetiche” designa una cosa innatural, por ejemplo, un ídolo. El fetichismo de la mercancía es una especie de adoración de las mercancías, como si fueran ídolos. La sociedad capitalista atiborra a los ricos de mercancías y servicios mientras alienta la envidia de los pobres por cosas que nunca podrán tener. La posesión excesiva de los ricos y el fomento de la envidia de los no ricos son las dos caras de la idolatría capitalista. Más allá de ciertos límites, tanto el atiborramiento del uno por ciento como la envidia del 99 por ciento matan el *conatus*, el apetito de vivir, las ganas de hacer cosas y fomentan la impotencia. Es el punto a partir del cual el capitalismo vuelve a todos miserables. Creo que lo que los financieros llaman “la crisis” es simplemente el haber llegado a este punto de no retorno.

Se puede analizar esta *miserabilización* general a través de los tres mercados dominantes que, en la sociedad capitalista, determinan todos los otros: el mercado del dinero (piensen en las Bolsas y la economía financiera), el mercado de la tierra, es decir, de los predios y bienes inmuebles, y el mercado del trabajo. El dinero es una relación de poder que aparece como la medida del trabajo que necesitó la producción de mercancía y de servicios. El fetichismo de la mercancía oculta esta relación de poder entre los hombres y la hace parecer como una relación entre cosas. La tierra es el territorio, el terruño, como decía Andrés Aubry. El fetichismo de la mercancía niega la relación de los hombres con su terruño y le da un precio, como si la tierra fuera una mercancía. Uno de los peores horrores del presente es el asesinato de gente del campo que defiende su territorio. Finalmente, el trabajo es el hombre mismo, su fuerza, la

potencia de su cuerpo. El fetichismo de la mercancía desencarna al hombre como si le robara su cuerpo.